

Sección CIENCIAS HUMANAS

¿A dónde irá Alemania?, ¿A dónde irá el Mundo?

Reflexiones en torno a la Historia y el genio alemán

Por Jaime FERNANDEZ CASTELLA. Dr. I. I.

C. D. 165.74

«Característico y opuesto al hecho de que los chinos se sienten seguros descansando en sí mismos, es el constante cavilar de los alemanes acerca del mero hecho concreto de su existencia. Piensan y viven a base de conceptos extremos, y les gusta coquetear con los problemas que de ellos se derivan. Tan pronto se consideran unos elegidos, como experimentan un complejo de inferioridad. Así, oscilando entre el delirio de grandeza y el rebajamiento de sí mismos, constituyen un enigma inquietante para los otros pueblos.» (1)

Herman HEICH

ALEMANIA, SIMBOLO Y LUCHA

¿Qué misterioso enigma envuelve el alma alemana?

Inquieta, oscilante entre cumbres y abismos, en permanente conflicto con otros pueblos y temor a sí misma, llena, sin embargo la historia de las ciencias con nombres alemanes, maestro Eckhart, Kant y Hegel, Lutero, Marx, Hitler y Heidegger..., apellidos germanos señalando encrucijadas de la cultura y la Historia.

Contradicciones que llenan de asombro: Alemanes de ascendencia judía y arios antisemitas, romanticismo y hornos crematorios, oficiales de las SS con cara de niños, crueldad y talante de psicópatas. Abismos de brumosa ternura junto al pétreo valor disciplinado que mira a la muerte con ojos de azul indiferente.

Se ha dicho de Fausto que es la piedra angular de la literatura universal. Quizás porque sea el símbolo de Alemania, quizás porque Alemania pueda representar la contradicción de todo lo que llamamos cultura Occidental, cultura que despertó en el renacimiento del sueño medieval y que hoy se extremece como si premoniciones de muerte la acosasen.

Fausto, la voluntad de «ser» por no poder simplemente «estar». Esfuerzo por hacer, ante la imposibilidad del sencillo vivir. Y en la base de la acción, angustia. Sumergido en la negra noche de la depresión, Fausto aplica su insomnio, en titánico esfuerzo intelectual, a salir del abismo: «el espíritu acude en mi auxilio», de improviso veo la solución y escribo confiado: «en el principio era la Acción» (2) y su acción hará surgir de la noche a Mefistófeles.



Es Dr. I. I. y Licenciado en Psicología. Director de la E. T. S. de I. I. de Sevilla, en la que dirige la Cátedra de Psicología. Conducta en la Organización, Sociología de la Organización y Ciencias Humanas. Presidente de D. O. P. D. y de la Sociedad de Estudios Psicosociales, S. A. Ha dirigido una Investigación sobre «Conocimientos, Habilidades y Destrezas de las Ocupaciones del

Sector Industrial», ya publicado. Publicista y colaborador de diversas publicaciones de España y el extranjero. Ha actuado, durante 10 años, como Asesor en Técnicas de Organización y Dirección.

Nietzsche dedica su «Humano, demasiado Humano» (3) a los que llama «espíritus libres», aquéllos que «no los hay ni los ha habido nunca... los veo venir lenta, muy lentamente y no hago esfuerzos por apresurar su llegada, cuando descubro de antemano los auspicios bajo los que les *veo* nacer y los caminos por los que les *veo* venir» (4). Esfuerzos de Nietzsche, esfuerzos de Alemania, tensión polar del espíritu germano descrito por Jung como desequilibrio entre la mediocridad de lo que «encuentro en mí y no acepto» y la grandeza de lo que «quiero encontrar» para cubrir con un velo lo que no quiero aceptar.

En esta acción motivada por la angustia, en esta lucha por y contra su imagen, Alemania construye una inmensa pira con el mundo y se abrasa en ella, pero emerge laboriosa una y otra vez entre las cenizas de sus arrebatos, porque «con hombres como estos, verdaderamente ciudadanos, plenamente dispuestos al sacrificio de su interés personal ante el de la comunidad misma, fuertemente unidos en un programa, en una Doctrina, en un Ideal y rectamente organizados bajo la dirección de un gran jefe, es como puede construirse un gran Estado» (5). Y mientras lo construyen admiran —en constancia histórica— el «otium» meridional de la paideia griega. Osos pardos de los bosques nórdicos. lomo de Europa, que buscan ansiosos el azul que baña su vientre mediterráneo.

«Este libro alemán —escribe Nietzsche— es en la misma Alemania donde ha sido más detenidamente leído y peor comprendido», porque: «está escrito para hombres ya libertados de los deberes groseros, busca inteligencias finas y delicadas, necesita del lujo en la comodidad, en la pureza del cielo y en el corazón, el «otium» en su sentido más atrevido; cosas muy buenas todas, que nosotros, los alemanes de hoy, no tenemos y que, por lo tanto, tampoco podemos darlas» (6).

Sin embargo, ya en 1897 «el culto a Nietzsche» era frase aceptada en el país que desdénaba.

El poeta, que posteriormente basó la ideología Nacional-Socialista, justificaba con su «dominación del débil por el fuerte» las inquietudes y ansias de sus compatriotas antes de la primera conflagración mundial.

Tendencia del espíritu germánico a la grandeza colectiva, bien definida, disciplinada y concreta, quizás como defensa necesaria del psiquismo individual, como una referencia consciente «definitivamente racional» que contrapone un inconsciente brusco e inseguro.

Goethe afirmaba que: «si ha de elegir entre la injusticia y el desorden, el pueblo alemán escogerá siempre la injusticia» (7). Aun en los revuel-

tos tiempos laborales del principio de siglo, cuando el trabajador marcaba en el tajo doce horas durante siete días semanales, el socialismo alemán, el más potente de Europa por su organización y número, era incapaz de realizar una huelga general. Bárbara Tuchman señala que: «la clase trabajadora compartía el apego a la autoridad y la obediencia que en Alemania parecía estar superdesarrollado, como si sin su protección algún salvajismo alemán, algún huno interior, pudiera destruir el país» (8). Y así anda caviloso el espíritu, como el lobo estepario de Hermann Hesse que «ha logrado hallar que a la unidad de su cuerpo no le es inherente una unidad espiritual, síro que, en el mejor de los casos, sólo se encuentra en camino, con una larga peregrinación por delante, hacia el ideal de esta armonía» (9).

Viene aquí a la memoria el eco de Hegel cuando contrapone dialécticamente el espíritu absoluto al individuo. «El individuo especial es el espíritu incompleto, una configuración concreta cuya existencia entera domina una determinidad y en la cual están presentes los demás solamente con rasgos borrosos. En ese espíritu que está por encima de todo, la existencia inferior concreta se ha sumergido haciéndose momento inaparente, lo que antes era la cosa misma es ahora tan sólo una huella; su figura está encapsulada y se ha convertido en un simple sombreado» (10).

No deja de ser interesante el intento de contemplar este párrafo de Hegel con mentalidad romántica de pintor impresionista y es que el espíritu alemán es sensibilidad fundida en viscoso romanticismo (*) que en vano pretende articular la «razón pura» de Kant.

Es el genio que se esfuerza por superar la locura.

CAMINAR DE UN PUEBLO, CAMINAR DE EUROPA

Conocer Alemania es investigar su historia. Un país que surge en un mundo definido, limitado por las grandes potencias. Que en su nacimiento halla el valor efectivo de la fuerza, la guerra austríaca y franco prusiana, que vive 30 años dominada por el puño del «canciller de hierro», Bismarck, autoridad, disciplina, orden establecido.

Nación que, surgida de un pequeño núcleo guerrero, adorna el poder con la cultura, popular; la prosperidad, extendida; el número y la calidad de sus realizaciones materiales y espirituales. Y que, notándose diferente, creyéndose superior, no

(*) Piénsese en Thomas Mann «Muerte en Venecia», «De la estirpe de Odín», etc.

observa en el resto de Europa el respeto total del que se siente acreedora. En la base de la primera guerra mundial encontramos, más que razones económicas o políticas, una búsqueda de prestigio, pues, como dice Bertalanffy: «los conflictos y las guerras no acontecen en el plano de la supervivencia y de la lucha por la vida, son un choque de ideologías o mundos simbólicos» (11). Bismarck afirmaba que «nosotros, los alemanes, no tememos a nadie en el mundo... si no es a Dios» (12). El Kaiser Guillermo, acostumbraba a justificar sus fracasos diplomáticos por no tener una flota para hacerse respetar (13), flota que respaldase una verdad, verdad enunciada por Thomas Mann cuando decía: «los alemanes..., los hombres más educados, más obedientes de las leyes, más amantes de la paz, merecían ser más poderosos para dominar y establecer la paz germánica» (14).

Lanzada al conflicto, Alemania reaccionó con alegría, había llegado la hora de mostrar a una Europa reticente la propia superioridad. Esta se creía tan evidente que los planes de guerra daban un plazo de 39 días para vencer a Francia (15). Y las condiciones de paz que Alemania soñaba dictar al occidente vencido implicaban un desgarró tal que en el futuro sólo Alemania sería, y los demás países sus satélites.

La seriedad de estas intenciones quedó demostrada en la paz de Brest Litovsk, impuesta a la Rusia revolucionaria (16). Las indemnizaciones y pérdidas territoriales fueron tales que permiten calificar en comparación al tratado de Versalles como suave.

Si comparamos la similitud de estos planes con los preparados posteriormente por un régimen tan diferente del imperial como podría serlo el nazi, podremos darles su verdadero sentido. No se ocultan tras ellos unas necesidades reales económicas o políticas de expansión. Es un pueblo, el mismo pueblo, quien en afirmación total de sí se lanza a la aventura que le dará respeto hacia sí mismo porque esto sólo se entiende como fuerza, como poder, imposición absoluta del carácter germano al mapa europeo.

Por ello, la derrota bélica implicó la ruptura de toda una forma de autoapreciación, a ella siguió un tiempo de desconcierto, se carecía de seguridades.

La gran película «Cabaret» es un magistral reflejo de los contrastes del aturdido espíritu germano en la Alemania pre-nazi de entreguerras. El mundo de cabaret ríe con la mueca ambigua de seres sin definir, en torno a una sola figura de contornos nítidos. Ríe y canta «la verdadera fuerza del mundo: «money, money, money...» Puertas

afuera del cabaret —lugar común de las cloacas de la humanidad— el idealismo cristalino y juvenil del «ario puro» que entona, en una maravilla de sentimiento y música, su fe en un gran futuro que le pertenece. Como contraste callejero, la brutalidad policíaca que persigue judíos en la realidad burda del presente.

Tras el interregno surge una nueva y más poderosa afirmación del carácter germano, con la savia nueva y potente del árbol truncado que florece.

En media docena de años de paz hitleriana, los alemanes, vueltos a la disciplina y al orden, hallan fuerza para reconstruir su país. Alemania cobra en la década de los 30 el mismo aspecto de floreciente riqueza que mostraban sus campos antes de 1914. Y de su riqueza surge, en abierto desafío a los humillantes tratados de paz, un ejército moderno, respaldado por una industria pesada que consume el bienestar de la nación y un trazado de autopistas cuya finalidad primordial es permitir el traslado de tropas de un lugar a otro del país.

Los alemanes del 39 viven la historia del 14 y el 18, orgullo de sí y rencor por la derrota. Porque más importante que la prosperidad económica es la nueva fe exacerbada que el partido Nazi proporciona a la nación, fue mantenida por realidades de fuerza, desfilar de botas claveteadas en unanimidad mecánica, florecer de banderas en reuniones masivas de hombres rígidamente encuadrados, gargantas unidas en un grito, ¡Heil!, orgullo de ser y sentirse alemán ario de raza pura, superior, elegido. No es extraño que *exigimos* sea la palabra con que empiezan 14 de los 25 puntos del «Programa del Partido Nacional Socialista» (17).

Exigimos la reunión de todos los alemanes... (punto 1).

Exigimos territorios para la alimentación de nuestro pueblo y para el establecimiento de nuestro exceso de población... (punto 3).

Alemania no ha aprendido nada. Imbuida de espíritu imperialista, achaca su fracaso a «traiciones» y cubre con un velo las causas de su derrota (*). Hitler es el símbolo de un pueblo que vuelve a intentar el éxito por los mismos caminos, potenciando las mismas cualidades y defectos al máximo. Por eso podemos encontrar tantas similitudes entre unos y otros años de guerra, hasta el punto de poder considerar la una repetición incrementada de la otra.

(*) Baste recordar la persecución del libro «Sin novedad en el frente», de Remarque, o el éxito que obtuvo la teoría de «puñalada en la espalda» propinada al ejército por los socialistas.

La nueva lucha por el imperio, por la afirmación mundial, cobró carácter épico. Si la primera guerra terminó con el ejército poseyendo todavía país extranjero, la segunda no acabó hasta la caída del último reducto armado, hasta la imposibilidad física de seguir combatiendo. El país, aun sabiéndolo todo perdido, luchó hasta el final porque perder era abandonar algo más que unos territorios o una autonomía, era romper con el concepto de sí mismos, la razón de un vivir. Dentro de este marco, la pequeña y real anécdota que recoge la película «El puente», cobra su sentido. Niños que juegan a ser soldados y van hacia la muerte porque ésta es parte del juego. Niños que mueren cuando la lucha carece de sentido, defendiendo ferozmente estructuras derrumbadas, sin aceptar cuartel ni de su campo ni del ajeno, hasta el asombro final en que la realidad se hace ante el único sobreviviente que contempla los cuerpos tendidos —Alemania tendida— que no volverán a levantarse (18).

Es Jaspers, el filósofo y psicólogo, que abordó una vez más un viejo problema en su obra «Genio y locura», quien en «¿Dónde va Alemania?», obra de sus años postreros, terminada en Basilea, parece representar el espíritu deprimido de la postguerra alemana.

Y como suele ocurrir en los tiempos de apreciación depresiva, sus palabras son agudas y descarnadas, con atisbos proféticos. Porque los profetas suelen escribir con el corazón roto, abrumados por la angustia, soledad y sentimientos difusos de culpa. «Somos culpables de la guerra y la hemos perdido —escribe Jaspers—, por eso debemos, moral y políticamente, aceptar los resultados de la guerra tramada por Alemania ... tenemos un pequeño territorio ... la actual posición económica de la República Federal no es el punto de partida para una política que mire al futuro ... no tenemos armas atómicas y no las tendremos, como Estados Unidos y Rusia ... la línea Oder-Niese es definitiva». Y añade en un tono casi masoquista:

«No hemos recibido nuestra libertad por un acto combativo propio, sino que la hemos recibido de regalo. Nos merecemos tan poco nuestro destino como los alemanes orientales el suyo. Ambos Estados no se han constituido por sí mismos, sino por voluntad ajena. No debemos olvidar nuestros orígenes cuando queramos ser libres, cosa a la que todavía aspiramos...» (19).

¿Dónde están los orgullosos «exigimos» de los tiempos mánicos del Nacional Socialismo?

En otro lugar, el mismo autor escribe: «vivimos gracias a los EE. UU., merecen nuestra fidelidad por los beneficios que nos han dispensado».

Jaspers llega a pensar que si no se aceptan los

resultados de la guerra «seremos enemigos de la paz» y también del carácter alemán (*).

A éste y no a traiciones o engaños, achaca la responsabilidad del desastre:

«Una respuesta sobre el origen del desastre político es la basada en el imperturbable carácter de los alemanes. Nuestro carácter popular es impolítico. Los alemanes son tontos políticamente, no ven las realidades, están atrapados por realidades y sueños, se aferran a teorías. Son apropiados para la obediencia ciega, son bondadosos y bárbaros a la vez. El mundo libre piensa que los alemanes son para la asociación segura con otros Estados. El mundo tiene miedo de nosotros porque piensa en la posibilidad de una nueva locura» (20) (**).

La voz de Jaspers procede del mismo pueblo que treinta años antes clamaba:

«Exigimos que el pueblo alemán goce de iguales derechos que las otras naciones y la anulación de los tratados de Versalles y de Saint Germain» (21).

Merece la pena contrastar los gritos del idealismo nacional socialista con los bucos emisarios en las que simbolizó las fuerzas del mal:

«Nuestra lucha antimarxista se dirige contra la doctrina del *judío* Carlos Marx... y contra la pura concepción económica materialista de la Historia».

«Nuestra lucha contra el parlamentarismo se endereza contra la irresponsabilidad de los que se llaman representantes del pueblo y que por razón de su inmunidad parlamentaria no rinden cuenta de las consecuencias reales de sus decisiones...»

«Nuestra lucha anticapitalista, a la que queda en cierto modo subordinada las dos anteriores, va dirigida contra el poder cada vez más dominador del dinero...; esta lucha es, desde otro punto de vista, combate de poderosas fuerzas espirituales contra el materialismo sin alma.»

«Alcanzada esta suprema misión, el partido se disolverá. El nacional socialismo, entonces, se habrá convertido en la substancia vital del pueblo alemán mismo. O sea, partido y pueblo se habrán indisolublemente fundido» (21).

(*) No es extraño que en este clima psicológico afirme apocalípticamente:

«La situación es irrevocable, el hombre puede destruir a la humanidad y toda la vida sobre la faz de la tierra mediante su propia acción; la razón le dice que este fin puede producirse en las próximas décadas.»

Por otra parte y también según Pieper (y en una referencia general Gabriel Marcel afirma la misma aseveración en boca de Max Picard): «Probablemente muchos de nosotros viviremos el acontecimiento apocalíptico».

(**) Esta afirmación, quizás suena un poco extraña en los llamados países libres. La literatura del Este, sin embargo, la consideraría común. Rusia, la Rusia de Tanneberg que sufrió el águila nazi en las puertas de Moscú, no ha perdido ni su miedo ni su desconfianza ante Alemania y no son extrañas —aún— las referencias literarias al revanchismo alemán o a su espíritu imperialista.

Vale la pena recordar estas frases para evitar las ingenuidades de quienes piensan que el nazismo fue una torpe locura ocasional y colectiva inconcebible, en la que no participó el pueblo, engañado por la propaganda hábil de un grupo de psicópatas criminales. El nazismo se convirtió en un monstruo y llevó al Apocalipsis, pero fue un monstruo cubierto con las más suaves pieles de cordero. Un ser viscoso que también está en las entrañas oscuras e irracionales del inconsciente colectivo de todo Occidente: nadie puede, pues, tirar la primera piedra. No resultan necesarias más citas para encontrar semejanzas sobre el lenguaje nazi y otros que, con parecidas pretensiones de nobleza redentora, se escuchan hoy. Pero éstos son hoy poderosos y no tan fácilmente atacables y universalmente condenables históricamente, como las ideologías periclitadas de los fascismos.

No son políticas estas consideraciones, sino psicológicas. La bestia aria, Wotan, el dios prusiano de la muerte, está también en el inconsciente fáustico occidental: «la vida humana se convierte en verdadero dolor..., sólo allí donde dos épocas, dos culturas o religiones se entrecruzan» (22). Y nosotros, hombres de la segunda mitad del siglo XX, estamos en un cruce de épocas, quizá sin precedentes en la Historia y en nuestro espíritu tecnológico, culturalmente sofisticado, descansa, escondido y dormido, el dios Wotan de la mitología alemana.

Así se expresa Jung:

«Wotan, una propiedad fundamental del alma alemana, un «factor» anímico de naturaleza irracional, un ciclón que abate y derriba la alta presión cultural. Los creyentes en Wotan, a pesar de toda su extravagancia, me parece que han visto con más precisión que los razonables. Wotan —y esto se ha olvidado, al parecer, completamente— es un dato germánico primordial, una expresión ciertísima y la insuperable personificación de una peculiaridad fundamental, sobre todo, del pueblo alemán. H. St. Chamberlain es un síntoma sospechoso de que también en otras partes existen dioses escondidos y durmientes. La raza germánica, nación aria, sangre y suelo, cantos de Wagalaweia, ritos de walkirias, un Jesús rubio y de ojos azules, héroes de epopeya, la madre griega de Pablo, el demonio como Alberich internacional en versión judía y masónica, luces nórdicas de la cultura polar, razas mediterráneas inferiores, todo esto es inevitable escenificación y, en el fondo, significa lo mismo, a saber, la posesión divina de los alemanes, cuya casa "está repleta de un viento potente"» (23).

Convengo con Jung, en que quizás en el espíritu

germano esté arraigado de manera peculiar ese desgarramiento entre el deseo de vivir «razonablemente» y la imposibilidad de hacerlo, sentimiento angustioso, motor de la mente que busca una y otra vez la readaptación a la vida, mientras que en las cunetas del camino de su esfuerzo van quedando tecnologías nuevas y acervos de cultura «el espíritu gana su verdad encontrándose a sí mismo en absoluto desgarramiento».

Es más paradójico el giro de la Historia treinta años después. La «Gran Alemania» soñada por Hitler es, en su mitad, marxista y se abre al Oeste en su otra mitad. Contra su fuerza, su milagro, en el dinero, vive un régimen parlamentario y federal, sufre restricciones energéticas por su apoyo —extenso en moneda y maquinaria— a la nación judía.

¿Qué sucedió con la Alemania vencida?

Tras la derrota, Adenauer pudo representar la Alemania de siempre que quiere empezar a «ser buena» con la misma ingenua sinceridad del niño que, tras realizar una gran trastada, promete firmemente no hacerlo más. Brandt es, posiblemente, más realista y precavido. Podría representar la Alemania que se teme a sí misma, que prefiere abandonar la «tentación de ponerse las botas y encaminarse hacia el Sur, al son de románticos cantos de guerra». Procura domarla con medios más expeditivos: ligando su país no ya sólo con Francia y EE. UU., como Adenauer, sino también con Rusia —como quien se pone una doble tuerca—, consagrando la división, imposibilitando militar y económicamente (no sólo moralmente, como pudiera ser el espíritu de Adenauer) una nueva locura.

En la Alemania actual, 2/3 de los hombres y la mitad de las mujeres, tienen menos de 40 años y nada tuvieron que ver con la guerra.

Pero, a pesar de ello, el pasado nazi es un fardo pesado. En una encuesta realizada en 1967, el 60% de la población comprendida entre los 16 y los 29 años dijeron que preferían vivir en otro país.

Pero son activos y trabajadores (*), parecen encontrarse en un período depresivo que les hace más propicios a la evasión en el trabajo y a la búsqueda del goce inmediato que a los sueños de «nuevas fronteras» a lo Kennedy. Así, en 1950, solamente el 32% consideraba que Alemania fue la única responsable de la guerra; en 1969, el 62% culpaba directamente a su propio país.

Alemania atraviesa una etapa «depresiva» espiritualmente, pero esto, ¿no es también un mal de toda la civilización occidental?

(*) El romanticismo orientalista de Hermann Hesse no parece haberse extensamente en la juventud, mientras ha sido acogido con gran entusiasmo en los EE. UU.

OCCIDENTE EN CRISIS

En una interpretación cíclica de la Historia, Alemania parece encontrarse en el momento depresivo, crítico, de encuentro consigo misma, definición de ideales y logros alcanzables. En este sentido, su situación admite ciertas semejanzas con las existentes en la república de Weimar en la década de los 20. Sin embargo, las circunstancias son muy diferentes. Alemania luchó dos veces por la imposición de su carácter, buscó el imperio mundial y fracasó vencida por naciones más fuertes, EE. UU. y Rusia, que también reclamaban su vez en la Historia. Los años que van del 18 al 39 son un descanso, una preparación; los que siguen al 45, señalan el abandono de una forma de ser. Ni las circunstancias políticas —división, ocupación por las tropas aliadas, alianzas— ni el equilibrio mundial, permiten un nuevo intento de hegemonía y salvo los neofascistas, el país parece acorde con estas ideas.

Dos derrotas en el transcurso de 31 años (14-45) marcan de una forma inevitable, si 2/3 de la nación tiene menos de 40 años y no vivió la guerra, si sufrió las consecuencias educativas de la posguerra.

Este lastre de derrota y abandono de los fines nacionales; la sustitución de ideales por la inmersión en una sociedad de elevado consumo similar a la norteamericana, debe condicionar el momento depresivo y de cambio que sufre Alemania Occidental, dándole algunos de sus caracteres peculiares.

Hoy, tópico periodista, es innecesario señalar que no sólo la nación vencida está en crisis. Los países triunfantes, encabezados por los EE. UU., atraviesan un momento de cambio, de profunda insatisfacción por las realidades presentes y sumo desconcierto por los futuros deseados. Como señalaba la revista «Time», en una serie de ensayos acerca de «las nuevas reflexiones sobre el hombre»:

«Sea cual fuere el nombre que se le dé, hay una sensación de cambio inminente en el mundo de las ideas... Pero ahora la confianza del hombre en su poder de conservar el dominio de su mundo está en momentos de decadencia. La tecnología se considera como aliado peligroso y el progreso resulta sospechoso.

Incluso los evolucionistas comparten el desasosiego; su esperanza estriba no en el hombre tal cual es, sino en algún mutante superhombre» (24).

¿No es inquietante que alguien piense otra vez en el superhombre?

¿No es como el primer alborar de otro período mánico, punto superior de la sinusoide que, en su bajada abocará de nuevo a la catástrofe premonizada por Max Picard?

No se puede olvidar el hecho de que Wotan, el dios germano de la guerra, es una constante del alma occidental:

En nuestra sociedad competitiva, se desarrolla en cada niño la necesidad de poder y poder más que sus compañeros. El mundo del «móg», vividas en colmenas, tráfico cerrado, incita a la agresividad como única forma de sobrevivencia. Y no puede ser de otra forma cuando se considera que Occidente es un monstruo lanzado al consumo del planeta, virus cancerígeno de incontrolado crecimiento que alimenta su desarrollo imponiendo la miseria a los restantes continentes.

La actual crisis del petróleo ha despertado algunas esperanzas de cambio. En contraste con la guerra del 67, más traumática para las naciones árabes, la casi victoria del 73 se ha continuado en una acción de conciencia nacional de resultados sorprendentes para nuestro orgullo. Al compás del ejemplo, las naciones productoras de materias primas se lanzan a un encarecimiento de sus recursos que parece señalar un «hasta aquí» en la explotación. Acompasar nuestro ritmo consumista a la escasez que parece avecinarse, repercutiría, con la intensidad de toda acción de masas, en un nuevo estado de conciencia. Limitar nuestro gasto, gasto personal, parece beneficioso a nivel ecológico y moral. Y esta ruptura traumática del círculo económico implica buscar nuevas formas de ordenación.

El informe del Club de Roma (1970) señaló, con profusión de argumentos, la posibilidad de reducir el crecimiento económico hasta estabilizarlo en el punto 0.

Tras este intento, apoyado económicamente por grandes compañías multinacionales, se quiso ver un deseo de estabilizar nuestra sociedad (y por ende el mundo) en la situación actual, parar las posibilidades evolutivas de los países pobres.

Quizá falsa esta acusación de maquiavelismo, en la situación actual no debemos ver un cumplimiento de sus profecías. Tras la carestía de las materias primas no parece existir un despertar de las naciones sangradas. Tampoco —todavía no— un agotamiento del planeta. Las posibilidades de éste, finitas, están en un grado primero de explotación. Sirva como ejemplo las reservas de petróleo, substancia de la que nos aventuramos a medir las existencias. Estas varían, según las críticas, desde 30 años al consumo actual, hasta un siglo, pasando

por los optimistas que, con igual autoridad y seriedad afirman que es casi inacabable (25).

La situación actual no cambiará por un «se nos acabó» que fuerce a que todos nos estrechemos el cinturón. Y si éste, como parece ser, hay que reducirlo, debemos buscar otras causas tras el hecho.

El hombre, tantas veces se ha dicho, se enfrenta al desarrollo técnico con los instintos de Neandertal. Las únicas posibilidades de salvar nuestra época se encuentra en la erradicación de Wotan de la conciencia colectiva; la búsqueda de una sociedad justa, no competitiva, no basada en la miseria de los extraños ni en la manipulación de unos por otros, se alcanzará sólo mediante un largo cambio evolutivo que marque la educación.

Porque hoy sabemos que el problema no está en el sistema ni la solución en el cambio de unas ordenanzas por otras. El problema reside en el hombre y sólo cambiando al hombre podemos cambiar la sociedad de una forma real (*).

¿A dónde irá Alemania?

¿Quiere simplificar su alma tensa y cambiar la piel, como de alguna forma hace con su duro «lenguaje alemán» de palabras cortadas en trozos distantes, al aprender cada vez en mayor número la sencillez práctica del inglés? Pero eso es consciente e influenciado por numerosos factores socio-económicos y las grandes batallas del interior del hombre se libran en el inconsciente, donde está aferrado el maléfico Wotan.

¿A dónde va el espíritu fáustico del Occidente que ya ha vencido en lo político y económico a la vieja sabiduría del Oriente y contempla sin preocupación la crisis de su tradicional sabiduría cristiana?

¿Habrà que esperar mientras se trabaja y vive con plenitud lo sencillo y cotidiano, buscando cualquier solución a través de la personal posesión de sí mismo?

Pero esperar no es angustiosa impaciencia, sino *esperanza*: Esperanza con la plenitud de sentido que tiene para el filósofo alemán Pieper:

«La esperanza, dice: terminará bien; más concreta y propiamente: el hombre terminará bien; más exactamente: terminaremos bien nosotros y yo mismo. A estos grados de autenticidad de la esperanza corresponden los de la desesperación. La forma más propia de la desesperación dice: acabaremos mal nosotros y yo mismo. Es esencial que tanto respecto a la esperanza como respecto a la desesperación, no se entiendan estas frases de un modo teórico. El que espera, lo mismo que

el que duda, se adhiere a ellas con su voluntad y hace que determine sus actos.»

Trabajo y ocio creador esperanzado sin afán de competencias posesivas: «Mi jardín, decía el hombre rico; su jardinero sonreía» (27). Y eso es posible si la generosidad nos eleva y nos deja acunados en el aire suave y fresco de la noche, entre las olas agitadas del mar de la vida y la belleza inmovible, serena y fría de las estrellas. Quizá la felicidad se centre sobre las olas, pero apunta hacia una estrella que no es gélida: el lucero de la tarde. No es fría porque su luz se atornasola —en contraste con la blancura de sus hermanas de la noche— por los últimos rayos del sol poniente.

Pero el ruido de la misma vida, apenas permite que la vida se entañe de lenguajes similares.

BIBLIOGRAFIA

- (1) HERMAN HEICH.—*Los terribles alemanes*. Prólogo.
- (2) GOETHE.—*Fausto*. Ed. Porrúa. México. Pág. 22.
- (3) F. NIETZSCHE.—*Humano, demasiado humano*. Ed. del Mediodía. Buenos Aires, 1967. Pág. 82.
- (4) F. NIETZSCHE.—*Ob. cit.* Pág. 15.
- (5) DR. HEIRELEMAN.—*Programa del Partido N. Socialista Alemán*. Zaragoza, 1937.
- (6) NIETZSCHE.—*Ob. cit.* Pág. 15-16.
- (7) GOETHE.—Citado por Bárbara Tuchmann. *Los cañones de agosto*. Pág. 300. Ed. Bruguera. Barcelona, 1963.
- (8) BÁRBARA TUCHMAN.—1890-1914. *La torre del orgullo*. Pág. 457. Ed. Bruguera. Barcelona, 1967.
- (9) HERMANN HESSE.—*El Lobo Estepario*. Alianza Editorial. Madrid.
- (10) HEGEL.—*Fenomenología del Espíritu*. Ed. Rev. 'Occidente'. Madrid, 1936. Pág. 36-37.
- (11) BERTALANFFY.—*Robots, hombres y mentes*. Pág. 59. Guadarrama. Madrid, 1971.
- (12) VIRGINIA COWLES.—*El último Kaiser*, cap. 7. Ed. Bruguera. Barcelona.
- (13) VIRGINIA COWLES.—*El último Kaiser*, cap. 7. Ed. Bruguera. Barcelona.
- (14) THOMAS MANN.—Citado en *Los cañones de agosto*. Pág. 302.
- (15) Ver *Los cañones de agosto*. Pág. 38.
- (16) VICENS VIVES.—*H.^a General Moderna*. Montaner S.^{on}. Barcelona, 1963.
- (17) *Programa del Partido N. Socialista Alemán*. Zaragoza, 1937.
- (18) Como es sabido, la película «El puente» recoge un hecho real.
- (19) JASPERS.—*¿Dónde va Alemania?* Ed. cit. Madrid, 1967.
- (20) JASPERS.—*Ob. cit.* Págs. 202-203.
- (21) *Programa del Partido Nacional Socialista Alemán*. Zaragoza, 1937.
- (22) HERMANN HESSE.—*El lobo estepario*. Introducción. Alianza Editorial.
- (23) JUNG.—*Consideraciones sobre la H.^a actual*. Ed. Guadarrama. Págs. 28-29.
- (24) «Time», 2-IV-73.
- (25) Ver *La guerra secreta del petróleo*. BERGIER y BERNARD THOMAS. Barc., 1969. Colec. «Rota Tiva». Plaza y Janés. Barcelona, 1969.
- (26) Cit. por Pieper sin conocer el autor.
- (27) Cit. por Pieper sin conocer el autor.

(*) Pieper refiere una sentencia que escuchó precisamente en América: «Comprender el átomo es un juego de niños, comparado con la comprensión de los juegos de niños».